
COMO EL SOL: DE SORPRESA¹

JAIME ESPINEL

¹ Tomado del libro Agua de luto. Medellín: Lealon, 1981

*El sol es albricias de todo los días
huevo crudo de venado que muerde el horizonte
y oculta la luz de la luna en un puñal
que nos trastea hacia la oscuridad!!*

Manrique se había levantado como de costumbre ese lunes: aromado por los guayacanes en flor, cascabeliando en sus voltacanelas para encontrar en los flacos bolsillos la plata del diario después de la rumba de fin de semana, yéndose como empleado a cumplir con el deber en la oficina, o, simplemente, trastabillando en el lunes de Alfonso Cortés que como buen latonero no trabajaba ese día, hombre de broncas de café desde el domingo por la tarde cuando le dijo a su madre “Tome hija lo del mercado” y cerró la puerta poseído por su fama de matasiete, de compadrito milonguero muerto de ganas de oír a Larroca y con esa comezón que sentía debajo de la camisa: pegajosa y vanal como la vida aquí en Medallo. Una rasquiña que cuando Alfonso llegó al *Remolino* a tomarse el primer trago, le obligó a meterse la mano al bolsillo y, después de hurgar en él, a extraer una moneda dura para escuchar el tango con que iniciaba sus borracheras porque el hombre para ser hombre no debía ser batidor.

Muy pocos hombres en *El Remolino* sabían que afuera estaba lloviendo y que Alfonso Cortés se encontró al entrar en su ambiente humoso pero iluminado por la charla, los tragos y la música. Sobrio como un primer sereno de mayo pidió otro aguardiente y se lo envasó entre pecho y espalda con una chupada al casco de limón. Estaba podrido el limón, y entonces pasó ambos tragos con agua, agua pura, como decía mi General Uribe, pensó. Pero Uribe Uribe estaba muerto, Gaitán estaba muerto, y Torres yacía tranquilo como Camilo. Afuera llovía pero aquí adentro estaba haciendo un calor del carajo! Sobre las mesas con esmalte de porcelana, las manos y los ojos de los contertulios adquirían vigor y gestos inesperados: el abrazo, la mano al muslo del amigo para hablarle de la novia, el camino solo hasta el orinal, la meada, ese “Sur” del Caballo Rivero que se cuele tras la cortina del baño: plástica y de flores advenedizas. Cortés pensó en Homero Manzi y en Pichuco y como un relumbrón de la sangre se le aventaron encima Obdulio y Julián con ese

churrungis chungis y esas voces gordas y viriles ocultas detrás de un clarinete. ¿Cuántos aguardientes se había tomado ya? Claro que estaba en *El Remolino* y todavía sentía el asedio del guapo Puerta haciéndole visajes con su puñal desde la penumbra de una mala memoria porque al guapo Puerta le gustaban Obdulio y Julián y yo los detesto. ¿Será que estoy orgulloso de ser el único guapo que ha matado a otro por un bambuco? Pero no. Hay muchos como yo en el país: dispersos, acosados esos guapos pasados de moda y que tal vez estarán saliendo de un orinal como yo de aquí, de este café donde todos escuchamos el tango, nos pendienteamos de tus trenzas y de tu corazón encontrado en una esquina, pebeta, de tu muerto amor en la ventana. Nada de cubrió la niebla el monte, ni de adoro niña de tus ojos... aquí no nos gustan esas bobadas de anoche tan pasada de moda. De ahora en adelante, Puerta, la cosa, es de rabo de ojo a un costao.

De rabo de ojo a un costao entré yo al Gato Negro por ese guapo, me acuerdo: yo, Alfonso Cortés, pisaba y por eso piso duro la tierra: porque me la juego. Tan latonero el Puerta como yo Cortés, duros ambos como el nudo de no acepta una de sus puntas, nos vimos las caras él y yo en el Gato Negro y todos los que estaban allí comprendieron de inmediato la distancia que los separaba de los hombres que se iban a batir. Pero el duelo fue tan corto que ya casi todos lo olvidaron: fueron dos lances no más y un toque!... Después los cubrió el silencio más aterrador del mundo porque el tango acababa de dar muerte al bambuco. Guardé el facón entre la pretina y salí del café como ahora salgo del orinal palpándome en busca del tibio mango de nácar.

Pero lo había olvidado! Por primera vez en la vida, Alfonso Cortés había dejado la manca en casa y ahora se sentía desnudo y poseso por un terror silencioso que con sólo cruzar la calle desde *El Remolino* hasta su casa le hubiera traído la seguridad de empuñar otra vez el mango de sus tres rayas. Estaba lloviendo y decidió esperar con su copa llena a que escampara. Cualquiera de esos hombres que lo miraban con odio los unos, con respeto los más, era capaz de arriesgar una puñalada retándolo a duelo, o atacándolo por la espalda como también puede ocurrir, porque morir en manos de Alfonso Cortés o darle muerte era igualmente honroso y osado y Alfonso decidió jugársela toda antes de salir del café. Tenía el paso reposado del gato, el ojo del lince y del halcón; el sólido envaramiento del gorila y un anacrónico terror eran sus fustas mientras echaba miradas al café por encima de las cabezas de los borrachos o las recibía un poco medrosas ellas, detrás del

tango de Alberto Podestá. En su casa, a treinta metros de ida y regreso, bajo el retrato de su madre recostada a un telón de varias abarcaduras y envuelto en un dulce abrigo, yacía el facón como un deseo imposible de satisfacer porque sabía que, en caso de dar dos o tres pasos hacia la puerta de la calle en busca del cajón de su nochero, cualquiera de ellos podía cobrarle muy caro su mala vida pasada por haberse dejado ver el miedo. Ya llevaba rato en ese tira y afloje. Llevaba un rato sin moverse, atento. Entonces tomó la mejor decisión de su vida: caminó hasta el centro del café desocupando a la brava las mesas que le cerraban el camino. Mientras los hombres saltaban hacia atrás y se mandaban la mano a la cintura en una amague de muerte certera, Alfonso Cortés ya había arrojado cuatro mesas al suelo, se había abierto la bragueta, había exhibido su verga borracha, orinaba trazando un círculo a su alrededor, y, para que no cupiera duda, hundía también su fabulosa mano derecha bajo la camisa. Alfonso Cortés está maneado: ¿quién brinca? ¿Cuál es el hideputa que se quiere matar conmigo entre este círculo de orines? Ninguno de los hombres se movió; Alfonso Cortés bebió otro trago y salió del café haciendo zig-zags. Otros aseguran que iban sonriendo porque bajo su mandato el tango seguía siendo el rey.

Ahora el sol de las doce del día caía, amarillo y blanco, sobre sus pocas horas de sueño. Como de costumbre, la señora borrachera del domingo lo condujo de la mano hasta la casa de Susana que, cansada de ser Susan y Ana había apagado ya la luz. Alfonso Cortés pensó en Dechiquilín te miraba de afuera, silbó la melodía, fumó un cigarrillo en la esquina y se despidió con fuego, pero Susana no apareció. Los postigos de su ventana continuaban cerrados, la luz no se encendía, y él se alejó calle abajo silbando todavía el mismo tango pero eso sí, el que canta El Caballo Rivero porque no me gusta el gordo Podestá. Otra vez sumergido en la barriada sintió los primeros pasos de la medianoche. Ellos permanecieron recostadas a los muros ofreciendo sus servicios y de todos los cafés salía el mismo compás marcado, tango y milonga mandado a escuchar y a bailar a todo ese tendal de ciegos, sartal de sordos. Funála, parála despacito con el pecho porque puede ser tu mujer o tu pelota; escuchá como dice Gardel que el disfraz sólo dura una noche pues lo queman los rayos del sol. Dejáte llevar por los aguerdienticos graniaítos de esquina en esquina y no te preocupés porque de todas maneras vas a llegar tarde...

-Chinaco: necesito una manca!

Chinaco lo miró de arriba abajo, enarcó las cejas e hizo una grácil jarrita con las manos en la cintura. Era grande el marica y teso; cortésmente Alfonso sintió ese latir queriéndolo y odiándolo a la vez y la casa y llenándose de borrachos que entre el humo del alcohol y las milongas le dejaban distinguir algunos guapos: Albornoz, Güiraldes, dos o tres Vieco y uno de los Vallejo. El guapo Albornoz llevaba una mujer sentada sobre sus rodillas y desnuda de la cintura para arriba como para que el guapo Albornoz, sin ningún esfuerzo, pasara sus tragos de aguardiente con un mordisco a ese pezón rosado. Vallejo trataba de subir la remisa cremallera de sus botas y otro guapo fuma y fuma y fuma sentado en el umbral de unas trenzas. Alfonso Cortés se estrujó la cintura buscando desesperadamente la espesa seguridad de su facón que no estaba ahí, pero se venteó el otro aguardiente viendo pasar el culo gigantesco de Santos la mujer más gorda del burdel y ese Chinaco sin volver y ahora el piano me remuele por piodécimaquinta vez patrón abra la puerta por qué mira asombrado cantado a fondo por el gordo ese de Podestá, mientras en toda la casa se respira una hermosa tensión dormida bajo las risas de las mujeres. Ahí, en ese imperio del tango y la milonga seguro aunque este marica haya sido incapaz de conseguirme una manca. De chiquilín te miraba de afuera, cafetín de Buenos Aires que se pareció a mi vieja. Su mirada de guapo se cruzaba, de pronto, con la de esos otros gallos también borrachos que podían cantar sobre vos el último amanecer de tu vida y que de sus miradas sólo dejaban el blanco de sus córneas para amortiguar la penumbra mientras no brillaran las armas. Por eso Alfonso Cortés pudo llamar a Santos, abandonar reposadamente su mesa y sorprenderse con la palangana y la jarra en la habitación de ese culo enorme que se lo absorbió hasta las cinco de la mañana como si fuera un huevo crudo cuando, poco a poco, los guapos y las prostitutas de fueron a acostar y la casa quedó a oscuras tratando de dormirse en un silencio interrumpido por los delirantes jadeos. Pero Chinaco no volverá –pensó Cortés-, eso me pasa por confiar en maricas!

Después de los polvos, Alfonso salió a la calle. Había habido un momento en la madrugada cuando la Santos roncaba fatigada como un corredor de distancias largas y Cortés cayó en la cuenta de que qué bien como me siento aquí, pero cuando caiga a la calle la cosa va a ser a otro precio: los guapos están roncando, duermen ese sueño que los separa de mis pasos tan sigilosos en este pasillo... ¿O también estarán todos saliendo de madrugada porque se sienten tan desarmados como yo, o para espérame a la vuelta de una esquina cualquiera de madrugón con la muerte? Pero el

peligro real no son los guapos, son los novatos que empiezan a llegar al facón, enteros, deseosos de echarse dos o tres lances con un esposo de la muerte como yo, para ver cuál de los dos pinta sangre; esos loquitos que de un momento a otro se te echan encima como el sol, de sorpresa.

Por eso este lunes es como si fuera un martes y Alfonso Cortés se hubiera levantado a trabajar después de jugársela. Todo el mundo va para el camello: Aranguito madruga a cumplir su turno a la cervecería, don Alfonso está abriendo su expendio de leche, don Rafael abre de par en par las puertas de la carnicería que a la una de la tarde sólo estará habitada por moscas revoloteantes sobre la gordana. Es un lunes distinto, te digo, Alfonso; vos estás caminando por la mitad de la calle para tener espacio ganado en caso de un ataque de los loquitos. Vivísimo vos porque también quién quita: Anselmo Albornoz y su cara siempre oculta; Vallejo que fleta diestramente un puñal bajo la cremallera de su bota y rumiaba mi misma espera entre las sombras del burdel porque nuestro duelo es de sombras. Por eso siempre cuando ahora son las doce del día me asalta el terror de esperar los que no va a ocurrir bajo este sol y no es porque me sienta desarmado e inerme en esta calle larga y empinada que crece y me ojala y me oblea y parece que me aplicara la inyección de la inasible amargura de Patasdilo que vivió toda la vida recostado contra la esquina que me habrá de sobrevivir treinta o más años, sino porque ya no hay tranvías que me lleven derecho al granero Puerto Nuevo de relumbrantes puertas rojas a la espera en el sesguete del pánico.

MI visión de guapo es la que me sorprende al entrar: el dueño del Granero Puerto Nuevo, sentado sobre un bulto de papas, almuerza papas cocidas y carne a punta de cuchara pero casi se atraganta al verme, y yo pillo todo el paisaje tratando de columbrar desde donde vendrá el asalto que buscará herirme bajo las libras de arroz y chocolate despachadas sobre un mostrador mugriento que me repugna y, para no verlo, me hace leer arriba la lista de precios en orden alfabético: arroz, buñuelos, cigarrillos y de un momento a otro, en medio de toda esta luz, añoro la intensa seguridad que sentí anoche entre los oscuros muslos de Santos.

-Un pedazo de salchichón, un pan y un fresco así- pidió Alfonso.

-Despáchelo usted, mijo,- dijo el hombre temblorosamente al ver a Alfonso y siguió almorzando.

Como su padre y como Alfonso, el muchacho también estaba aterrado: ahí tenía a semejante estatua a la bravura pidiéndole salchichón con pan y cola frente a frente y en el embeleso el cuchillo salchichonero quedó mirando al guapo. Cortés miro el acero Corneta con displicencia, le calculó el tamaño y pensó: “Mataganao”, mientras la radio comenzaba a moler la música caliente de la molicie en el Granero Puerto Nuevo y él se voltéo, masticando su guayabo, para mirar de nuevo la casa de Patasdilo casi en seguida de la Gardeliana reformada y turística cuyas puertas abiertas reciben las reses destazadas para los churrascos de esta noche y los vinos que amenizarán un tango falso. Fue cuando como ramalazo brotado del sonorazo de la radio cruzó esa colegiala fresca y rampante con un ritmo de tambores y trompetas en las caderas y una cara alargada extrañamente mustia y reseca pero alegre.

El olor aliñado de los almuerzos se esparció por toda la cuarentaycinco y bajo ese resisterio de sol Alfonso Cortés miró las bajantes de aguas lluvias para pensar, por primera vez en la vida, que su oficio de latonero era hermoso y útil porque le permitía controlar el agua que se entromete en las cocinas, en los patios, en los sanitarios y en las calles del barrio con una constancia tan premeditada que los condena a desaparecer. Entonces sintió sobre su espalda la morada del muchacho con el cuchillo al alcance de la mano y se dio vuelta para darle la cara: alto y pecoso y de sanotes ojos cafés mirándome como un cómplice aterrado cuando sólo desentona la música caliente!

-Está trabajando aquí en Puerto Nuevo?- le preguntó.

-No vine a traerle el almuerzo a mi papá- y señaló asustado al hombre que almorzaba temblando.

-Ah... Ahora por la pica no le pago.

Vi brillar la misma blancura del pánico en sus pupilas y retrocedí asustado pero herido sin dolor por un puñal empujado por esa maldita música caliente que brota del radio y por ese muchacho con el cuchillo salchichonero viéndome caer, asombrado, frente al brillante huevo crudo que me martiriza

los ojos hasta sólo permitirme ver una cantidad de pies alrededor de mi cabeza caída de cara a un
lunes de sol sin Gardel porque con esos muchachos de ahora.